

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALEJANDRO PORTO"
Año. 1925 MONTENREY, MEXICO

XIII

Colomba, jadeante, anonadada, no estaba en estado de pronunciar palabra. Su cabeza estaba apoyada en el hombro de su hermano, y tenía una de sus manos cogida entre las suyas. Aunque en su interior condenaba su peroración, Orso estaba muy alarmado para dirigirle el menor reproche. Esperaba en silencio el fin de la crisis nerviosa de que se hallaba poseída, cuando llamaron á la puerta, y Saveria entró asustada anunciando al señor prefecto. Al oír este nombre, se incorporó Colomba como avergonzada de su debilidad, y se quedó de pie, apoyándose en una silla que temblaba visiblemente bajo su mano.

El prefecto empezó por algunas excusas banales sobre la hora indebida de su visita, compadeció á Colomba, habló del peligro de las emociones fuertes, censuró la costumbre de las lamentaciones fúnebres que el mismo talento de la vocadora hace más penosas para los asistentes; deslizó con habilidad un ligero reproche sobre la

tendencia de la última improvisación, y después, cambiando de tono:

—Señor della Rebbia, dijo, estoy encargado de muchos cumplimientos para vos por vuestros amigos ingleses: miss Nevil dirige mil afectos á vuestra hermana. Tengo para entregaros una carta suya.

—¿Una carta de miss Nevil? dijo Orso.

—Desgraciadamente no la tengo encima, pero la tendréis dentro de cinco minutos. Su padre ha estado enfermo. Temimos que hubiese cogido nuestras terribles fiebres. Felizmente ya está fuera de cuidado, según vos mismo podréis juzgar, porque según creo lo veréis muy pronto.

—¿Miss Nevil ha debido estar muy inquieta?

—Por fortuna, sólo ha conocido el peligro cuando ya había pasado. Señor della Rebbia, miss Nevil me ha hablado mucho de vos y de vuestra hermana.

Orso se inclinó.

—Tiene mucha amistad con vosotros dos. Bajo un exterior lleno de gracia, bajo una apariencia de ligereza, oculta una razón perfecta.

—Es una encantadora criatura, dijo Orso.

—Casi debido á sus ruegos se debe el que yo haya venido. Nadie conoce mejor que yo una fatal historia que no quisiera verme obligado á recordaros. Pues que M. Barricini es aún alcalde de Pietranera, y yo prefecto de este departamento, no necesito deciros el caso que hago de ciertas suposiciones, de las cuales, si no estoy mal informado, algunas personas imprudentes os han hecho presente, y que habéis rechazado, ya lo sé, con la indignación que se debía esperar de vuestra posición y vuestro carácter.

—Colomba, dijo Orso agitándose en su silla, estás muy fatigada. Debías ir á acostarte.

Colomba hizo un signo de cabeza negativo.

Había recobrado su calma habitual y fijaba una mirada ardiente en el prefecto.

—M. Barricini, continuó el prefecto, desearía vivamente ver cesar esta especie de enemistad... es decir, este estado de incertidumbre en que os halláis el uno frente al otro... Por mi parte, me encantaría veros establecer con él las relaciones que deben tener armonía entre gentes hechas para estimarse...

—Señor, interrumpió Orso con voz emocionada, yo no he acusado nunca al abogado Barricini de haber asesinado á mi padre; pero ha hecho una acción que me impedirá siempre tener ningunas relaciones con él. Ha supuesto una carta amenazadora en nombre de cierto bandido,... sorpresivamente la ha atribuido á mi padre. Esta carta, en fin, señor, ha sido probablemente la causa indirecta de su muerte.

El prefecto se ensimismó un instante.

—Que vuestro señor padre lo creyera, cuando, llevado de la vivacidad de su carácter litigaba contra M. Barricini, la cosa es excusable; pero en vos una ceguedad semejante no está permitida. Reflexionad, pues, que Barricini no tenía interés en suponer esa carta... No os hablo de su carácter,... no le conocéis, estáis predispuesto en contra suya,... pero no debéis suponer que un hombre que conoce las leyes...

—Pero, señor, dijo Orso levantándose, fijaos que decirme que esa carta no es obra de M. Barricini, es atribuirla á mi padre. Su honor, caballero, es el mío.

—Nadie más que yo, señor, prosiguió el prefecto, está convencido del honor del coronel della Rebbia... Pero... el autor de esa carta es ya conocido.

—¿Quién? gritó Colomba avanzando hacia el prefecto.

—Un miserable, culpable de varios crímenes, de esos crímenes que vosotros, los corsos, no perdonáis, un ladrón, un tal Tomaso Bianchi, detenido ahora en las prisiones de Bastia, ha revelado que él es el autor de esa carta fatal.

—No conozco á ese hombre, dijo Orso. ¿Cuál pudo ser su objeto?

—Es un hombre de este país, dijo Colomba, hermano de un antiguo molinero nuestro. Es un canalla, embustero, indigno que se le crea.

—Vais á ver, continuó el prefecto, el interés que tenía en ello. El molinero de que habla vuestra hermana,—creo que se llamaba Teodoro,—tenía en arrendamiento un molino del coronel, en el curso de agua de que M. Barricini litigaba la posesión á vuestro señor padre. El coronel, generoso de costumbre, no sacaba casi ningún provecho de su molino. Luego, creyó Tomaso que si M. Barricini obtenía la posesión del curso de agua, tendría que pagarle un arrendamiento considerable, porque se sabe que M. Barricini gusta mucho del dinero. En resumen, por servir á su hermano, falsificó Tomaso la letra del bandido, y he ahí toda la historia. Sabéis que los lazos de familia son tan poderosos en Córcega que á veces acarrear el crimen... Dignaos tomar conocimiento de esta carta que me escribe el procurador general, ella os confirmará lo que acabo de deciros.

Orso recorrió la carta que relataba en detalle la confesión de Tomaso, y Colomba leía al mismo tiempo por encima del hombro de su hermano.

Cuando hubo concluído, repuso:

—Orlanduccio Barricini ha estado en Bastia hace un mes, cuando se supo que mi hermano iba á venir. Vería á Tomaso y le compraría esa mentira.

—Señorita, dijo el prefecto con impaciencia, explicáis todo por suposiciones odiosas; ¿es ese el medio de descubrir la verdad? Vos, caballero, tenéis aplomo; decidme, ¿qué pensáis ahora? ¿Creéis, como vuestra hermana, que un hombre que sólo puede temer una ligera condena se cargue porque sí del crimen de falsario para complacer á alguien que no conoce?

Orso volvió á leer la carta del procurador general, pesando cada palabra con una atención extraordinaria; porque, desde que había visto al abogado Barricini, se sentía más difícil de convencer que lo hubiera sido algunos días antes. En fin, se vió obligado á confesar que la explicación le parecía satisfactoria.—Pero Colomba replicó con vehemencia:

—Tomaso Bianchi es un embustero. No será condenado, ó se escapará de la prisión, estoy segura.

El prefecto se encogió de hombros.

—Os he dado á conocer, caballero, dijo, las noticias que he recibido. Me retiro, y os abandono á vuestras reflexiones. Esperaré á que vuestra imaginación se esclarezca, y confío que será más poderosa que las... suposiciones de vuestra hermana.

Orso, después de algunas palabras para disculpar á Colomba, repitió que creía ahora que Tomaso era el único culpable.

El prefecto se había levantado para salir.

—Si no fuese tan tarde, dijo, os propondría viñieseis conmigo para recoger la carta de miss Nevil... Sería una ocasión para que dijerais á M. Barricini lo que acabáis de decirme, y todo habría concluído.

—¡Orso della Rebbia no entrará jamás en casa de un Barricini! exclamó Colomba con impetuosidad.

—Según parece, la señorita es el *retintín* de la familia, dijo el prefecto, con aire burlón.

—Señor, dijo Colomba con voz firme, se os engaña. Vos no conocéis al abogado. Es el más astuto y el más engañoso de todos los hombres. Os lo conjuro, no hagáis hacer á Orso una acción que lo cubriría de vergüenza.

—¡Colomba! exclamó Orso, la pasión obscurece tu razón.

—¡Orso! ¡Orso! por el cofrecito que os he entregado, os lo suplico, escuchadme. ¡Entre vos y los Barricini hay sangre; no iréis á su casa!

—¡Hermana mía!

—No, hermano mío, no iréis, ó abandonaré esta casa y no me veréis más... Orso, tened piedad de mí.

Y cayó de rodillas.

—Estoy desolado, dijo el prefecto, de ver á la señorita della Rebbia tan poco razonable. Vos la convenceréis, estoy seguro de ello.

Entreabrió la puerta y se detuvo, pareciendo esperar que Orso le siguiese.

—No puedo dejarla ahora, dijo Orso... Mañana, sí...

—Parto temprano, repuso el prefecto. con las manos juntas, esperad hasta mañana por

—Al menos, hermano mío, exclamó Colomba la mañana. Dejadme repasar los papeles de mi padre... No podéis rehusarme esto.

—¡Pues bien! los repasarás esta noche, pero al menos no me atormentarás más con ese odio extravagante... Mil perdones, señor prefecto... Yo mismo me siento mal predispuesto... Es mejor que sea mañana.

—La noche da consejo, dijo el prefecto retirándose; espero que mañana habrán cesado todas vuestras irresoluciones.

—Saveria, exclamó Colomba, coge la linterna y acompaña al señor prefecto. El te dará una carta para mi hermano.

Y agregó algunas palabras que sólo fueron oídas por Saveria.

—Colomba, dijo Orso cuando el prefecto se hubo marchado, me has dado mucho disgusto. ¿Te resistirás siempre á la evidencia?

—Me habéis concedido hasta mañana, respondió. Tengo poco tiempo, pero aun confío.

Después tomó un manajo de llaves y corrió á una habitación del piso superior. Se la oyó abrir precipitadamente algunos cajones y registrar una papelería donde el coronel della Rebbia encerraba otras veces sus papeles importantes.





XIV

Saveria estuvo mucho tiempo ausente, y la impaciencia de Orso llegaba á su término, cuando apareció al fin, llevando una carta, y seguida de la pequeña Chilina, que se frotaba los ojos, porque había sido despertada en su primer sueño.

—Niña, dijo Orso, ¿qué vienes á hacer aquí á esta hora?

—La señorita me llama, respondió Chilina.

—¿Qué diablo le querrá? pensó Orso; pero se apresuró á abrir la carta de miss Lydia, y, mientras que leía, Chilina se dirigía donde estaba su hermana.

«Mi padre ha estado un poco malo, caballero, decía miss Nevil, y es siempre tan perezoso para escribir que me veo obligada á servirle de secretario. El otro día, sabéis que se mojó los pies á orillas del mar, en lugar de admirar el paisaje con nosotros, y no hace falta más para dar la fiebre en vuestra encantadora isla. Desde aquí veo la cara que pondréis; buscaréis sin duda vuestro estilete, pero espero que no lo tendréis

ya. Por consiguiente, mi padre ha tenido poca de fiebre, y yo mucho miedo; el prefecto, que persisto en encontrar muy amable, nos ha proporcionado un médico muy amable también, el cual, en dos días, nos ha sacado de penas; el acceso no ha reaparecido, y mi padre quiere volver á la caza; pero aun se lo prohibo.

—¿Cómo habéis encontrado vuestro castillo de las montañas? ¿Vuestra torre del Norte está aún en el mismo sitio? ¿Hay fantasmas? Os pregunto todo esto, porque mi padre se acuerda que le habéis prometido gamos, jabalíes, muflones... ¿Es éste el nombre de ese extraño animal? Cuando vayamos á embarcarnos en Bastia, pensamos pedirnos hospitalidad, y espero que el castillo della Rebbia, que decís es tan viejo y está tan ruinoso, no se desplomará sobre nuestras cabezas. Aunque el prefecto sea tan amable que con él no faltan nunca motivos de conversación, *by the bye*, me lisonjeo de haberle trastornado el juicio. —Hemos hablado de vuestra señoría. Personas de ley, de Bastia, le han enviado ciertas revelaciones de un pícaro que tienen bajo cerrojos, y que son de tal naturaleza que destruirán vuestras últimas suposiciones; vuestra enemistad, que algunas veces me inquietaba, debe cesar desde luego. No podéis figuraros cuánto me ha alegrado esto. Cuando partisteis con la hermosa cantatriz, el fusil en la mano, y la mirada sombría, me parecisteis más corso. ¡Basta! os escribo con tanta extensión porque me aburro. El prefecto va á partir, ¡ay! Os enviaremos un mensaje cuando nos pongamos en camino para vuestras montañas, y me tomaré la libertad de escribir á la señorita Colomba para pedirle un *bruccio*, *ma so-lenne*. Entretanto, decidle mil ternuras. Hago gran uso de su estilete para cortar las hojas de una novela que he traído; pero este hierro te-

rrible se indigna de tal uso y me desgarró mi libro de una manera lastimosa.

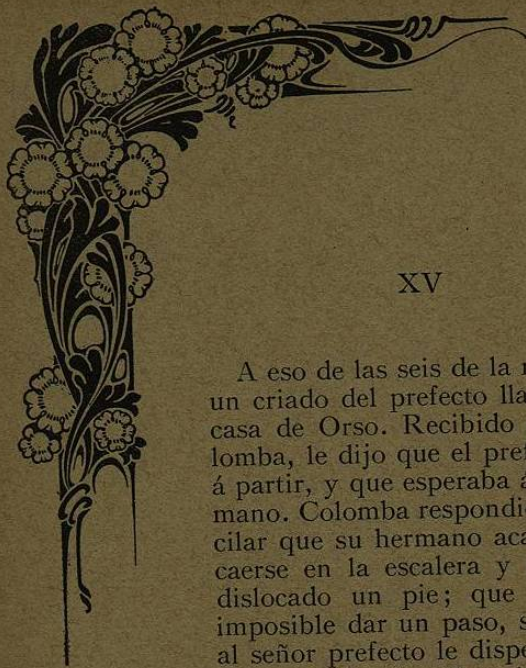
Adiós, caballero; mi padre os envía *his best love*. Escuchad al prefecto, es hombre de buen juicio, y se separa de su camino, según creo, por vuestra causa; va á poner una primera piedra en Corte; me figuro que debe ser una ceremonia muy imponente, y siento mucho no asistir á ella. ¡Un caballero en traje bordado, medias de seda, banda blanca, cogiendo una llana de albañil!... y un discurso; la ceremonia terminará por los gritos mil veces repetidos de *viva el rey!*—Vais á ponerlos muy fatuo de haberme hecho llenar las cuatro páginas; pero me aburro, caballero, os lo repito, y por esta razón, os permito me escribáis muy extensamente. A propósito, hallo extraordinario que no me hayáis participado aun vuestra feliz llegada á Pietranera-Castle

Lydia.»

«P. S. Os ruego escuchéis al prefecto, y hagáis lo que os diga. Hemos resuelto juntos que debéis obrar así, y con ello me complaceréis.»

Orso leyó tres ó cuatro veces esta carta, acompañando mentalmente cada lectura de comentarios sin número; después escribió una larga respuesta, que encargó llevase Saveria á un hombre del pueblo que partía aquella noche para Ajaccio. Ya no pensaba mucho en discutir con su hermana los agravios falsos ó verdaderos de los Barricini, la carta de miss Lydia se lo hacía ver todo color de rosa; no tenía ya sospechas ni odios. Después de esperar algún tiempo que su hermana bajase, y no viéndola reaparecer, fué á acostarse, con el corazón más desahogado que lo había sentido hacía mucho tiempo. Chili-

na fué despedida con instrucciones secretas, y Colomba pasó la mayor parte de la noche leyendo antiguos papelotes. Un poco antes del día, lanzaron algunas piedrecitas sobre su ventana; á esta señal, descendió al jardín, abrió una puerta excusada, é introdujo en su casa dos hombres de muy mala catadura; su primer cuidado fué llevarlos á la cocina y darles de comer. Quienes eran estos hombres va á saberse en seguida.



XV

A eso de las seis de la mañana, un criado del prefecto llamó á la casa de Orso. Recibido por Colomba, le dijo que el prefecto iba á partir, y que esperaba á su hermano. Colomba respondió sin vacilar que su hermano acababa de caerse en la escalera y se había dislocado un pie; que siéndole imposible dar un paso, suplicaba al señor prefecto le dispensara, y le quedaría muy reconocido si se dignaba tomarse la molestia de pasar á su casa. Poco después de este mensaje, descendió Orso y preguntó á su hermana si el prefecto le había mandado á buscar.

—Os ruega que le esperéis aquí, contestó con la mayor sangre fría.

Pasó una media hora sin que se notase el menor movimiento del lado de la casa de los Barri-cini; sin embargo, Orso preguntó á Colomba si había descubierto algo; ella respondió que se explicaría delante del prefecto. Afectaba una gran calma, pero su tez y sus ojos anunciaban una agitación febril.

Por fin, se vió abrir la puerta de la casa Ba-